

EL CONGRIO AMARILLO

Desde la calle podía apreciarse ese olor tan especial y característico del congrio. Era el pescado favorito de la abuela Julia. Recuerdo que le decía a mi madre: hija, si vas al mercado y ves congrio compra cuatro o seis rodajas, pero que esté abierto para que tenga menos espinas. El congrio es un pescado blanco de aspecto similar a la anguila, de carne gelatinosa y con sabor a mar.

Mi abuela, pasaba las rodajas por harina y las freía un poco en la sartén, una vez frito, lo ponía en una cazuela de barro y le añadía cebolla pochada, sal, perejil, condimento o azafrán que le da ese color amarillo, añadía agua, y unas hojas de laurel, luego a cocer una media hora. Una delicia de comida decía la abuela. Y que yo corroboro, ya que con el tiempo me aficioné a comerlo.

Una vez le pregunté a la abuela de donde le venía esa predilección por este pescado en concreto. Me dijo que antes que el abuelo, tuvo un novio pescador, se llamaba Ricardo y solía pescarlo por la noche, cerca de la costa en lugares rocosos. Y que ella algunas noches le acompañaba y le sostenía el farol, pero lo más importante era estar con él, disfrutar de su amor, y que solo pasear juntos era suficiente para ser felices, que todos en el pueblo sabían que si una pareja estuvo enamorada fueron ellos dos.

Pero un día como tantos otros salió al mar, nada hacía presagiar mal tiempo, pero al caer la tarde una fuerte tormenta inesperada hizo zozobrar la barca y cayeron al agua, estaban lejos de la costa y el mar mostrando su fuerza se quedó con él para siempre.

Durante años, la abuela evitó ir al lugar donde pescaban, y abandonó su comida favorita.

Cuando conoció al abuelo Pablo, este ya sabía su historia, pues, aunque era de otro lugar no muy lejano, las noticias volaban. Con el abuelo tuvo una vida sin sobresaltos, no era marinero, sino carpintero. Tuvieron tres hijas y cuando ya eran mayores, el abuelo confesó a la abuela que el congrio era su pescado favorito, pero que se lo había ocultado para no hacerla recordar. A ella se le escaparon unas lágrimas.

Una tarde de primavera, y sin pensar como lo iba a afrontar, me pidió a mí que la acompañara, pues bien sabía ella como y donde pescarlo. Pero también sabía que habían pasado los años y no había superado la pérdida de su querido Ricardo. Así que se armó de

valor y me llevó al pie de la roca, allí sostuvo la caña hasta que el congrio pico el anzuelo y fue en ese momento cuando dijo:

Sé que estás aquí, entre estas rocas, que no te has ido porque esperabas que yo viniera a despedirme, pues aquí me tienes, desde hoy en adelante ya no habrá más lágrimas, ahora te dedicaré una sonrisa cada atardecer y dejaré que me acompañes por este camino que tantas veces recorrimos juntos. Y cuando mis pies ya no me obedezcan, que tus brazos me cojan y me lleven contigo, mi barca y el cebo estarán preparados para pescar el congrio en alta mar.